

EL SIGNIFICADO DE LA ESCUELA AUSTRÍACA DE ECONOMÍA EN LA HISTORIA DE LAS IDEAS

Ludwig Lachmann

I

Hablar del espíritu y de su historia en nuestra época es una empresa arriesgada. Aun cuando uno pueda eludir la sospecha de haber estado sentado a los pies de un metafísico como Hegel, puede ser acusado de ser “esencialista”. Por fortuna, los autores de este *Festschrift* no necesitan abrigar esos temores. Ni quien celebra este aniversario ni los lectores de esta publicación tienen la menor duda de lo que se quiere decir al hablar de la escuela austriaca en teoría económica.

Hace casi un siglo que Menger escribió los *Grundsätze* y fundó la escuela austriaca.¹ En este período hubo décadas de triunfo y otras signadas por la indiferencia. Tanto los éxitos como los fracasos de la escuela tienen que ver con el clima favorable o desfavorable de los tiempos. Al término del primer siglo de su existencia, podemos esperar algunas evaluaciones críticas de sus ideas y de su desarrollo. No obstante, no es mi intención tratar los problemas relacionados con la historia de las ideas, en sentido estricto.

A continuación intentaré señalar la meta cognitiva, la tendencia intelectual y la metodología típica de la escuela austriaca a la luz de sus mayores logros y compararlas con las de otras escuelas económicas. Sostengo que la escuela austriaca posee un “estilo intelectual” característico y demostrable, que se relaciona con la interpretación de los hechos culturales, y trataré de demostrarlo. Por supuesto, esta postura se opone al monismo metodológico del positivismo, que predomina en general, el cual proclama que hay sólo un modo de pensar verdaderamente “científico”, a saber, el de las modernas ciencias naturales. Por mi parte, trataré de mostrar que las ideas y los objetivos de los representantes de la escuela austriaca siempre han estado dirigidos, quizás inconscientemente, no sólo al descubrimiento de las relaciones cuantitativas entre los fenómenos económicos sino también hacia una *comprensión* del significado de las acciones económicas. Resulta curioso el hecho de que dos pensadores tan diferentes en cuanto a su origen, temperamento e intereses intelectuales como Schumpeter y Sombart hayan coincidido en su juicio acerca de la labor de la escuela austriaca, por lo menos en cuanto a que ambos vieron en las enseñanzas de los vieneses un preliminar imperfecto de la teoría del equilibrio general de la escuela de Lausana. La posición de Schumpeter se

¹ *Gundsätze der Volkswirtschaftslehre* [*Foundations of Political Economy*] (Viena, 1871); 2ª ed. por Karl Menger, Jr. (1923); traducido como *Principles of Economics*, Glencoe, Ill., 1950. Traducido de Ludwig M. Lachmann, *Capital, Expectations and the Market Process*, Sheed, Andrews and McMeel, Inc., 1977. Derechos cedidos por el Institute of Humane Studies, California, Estados Unidos.

sigue naturalmente de su punto de vista según el cual lo realizado por Walras constituye la culminación de la historia del pensamiento económico. En su opinión, la “técnica defectuosa” de los vieneses es la causa de que no hayan podido llegar a la altura del logro de Walras después de haber descubierto la escala.²

En cuanto a Sombart, su objetivo fue, aparentemente, poder negar cualquier afiliación intelectual con los austriacos. Para él, pertenecen a la “economía taxonómica” (*ordnende Nationalökonomie*), pero quedan malparados en comparación con los miembros de la escuela de Lausana. Su veredicto parece haber sido: “Si debe haber alguna economía taxonómica, esa es la de Pareto”.³ Creo que ambos están equivocados porque no comprenden la meta cognitiva y la tendencia intelectual de la escuela austriaca.

II

Desde nuestro punto de vista, la tendencia del pensamiento austriaco se caracteriza por la *Verstehen* (comprensión), que fue introducida como método de las ciencias sociales teóricas. Esta afirmación no disminuye en absoluto la importancia del concepto de utilidad marginal; simplemente indica que en la creación de este concepto fundamental los austriacos tuvieron predecesores como Dupuit y Gossen, y también contemporáneos como Jevons y Walras, que sin embargo -como veremos- desarrollaron sus propias metodologías.

Por otra parte, se sabe bien que la *Verstehen*, como método de las ciencias sociales, tiene una historia larga y gloriosa. Siempre ha resultado aplicable, no sólo en la interpretación de textos, como en la teología, la jurisprudencia y la filología, sino en la interpretación del significado de las acciones humanas, como en la historia. Sin embargo, hay una importante diferencia entre la *comprensión* como *método histórico*, cuya expresión sistemática se encuentra, por ejemplo, en *Historik*, de Droysen, y la *comprensión* como *método teórico*, es decir, como un método para la interpretación de *cursos de acción*

² J. A. Schumpeter, *History of Economic Analysis*, New York, 1954, p. 918. “Ellos [los austriacos] también descubrieron la escala. Su técnica defectuosa sólo les impidió subir hasta el tope de ésta, pero treparon tan alto como esa técnica se lo permitió. En otras palabras: debemos ver en la teoría de la utilidad de Menger y Jevons una teoría embrionaria del equilibrio general o, de todos modos, una forma particular del principio unificador que está en la base de cualquier sistema de equilibrio general. Si bien no la articularon plenamente, sobre todo porque no comprendieron el significado de un conjunto de ecuaciones simultáneas, y aunque consideraron la utilidad marginal como la esencia de su innovación, en lugar de ver en ella un instrumento metodológico heurísticamente útil, se encuentran sin embargo, como Walras, entre los padres fundadores de la teoría moderna.”

³ W. Sombart, *Die drei Nationalökonomien*, Munich, 1930, pp. 136-37. “El resultado de nuestras investigaciones ha sido claramente establecido. [...] Hemos podido observar que la mayoría llevaba a cabo su trabajo con conceptos poco claros e incompletos acerca de la esencia del método científico. Sólo los relacionistas o funcionalistas, es decir, los partidarios de la escuela ‘matemática’ habían analizado los problemas y habían llegado a desarrollar un método claro y coherente. Todo aquel que tenga un pensamiento lúcido debe, por lo tanto, experimentar cierta simpatía por esos economistas. También es verdad que sólo ellos se han ganado el respetado título de investigadores ‘exactos’, que tantos otros partidarios del método científico en economía se han arrogado injustamente.” (La última afirmación está dirigida, por supuesto, implícitamente a Menger.)

típicos con la ayuda de designios del pensamiento, por ejemplo, los planes económicos.⁴ Consideramos que el logro que caracterizó a los austriacos fue el desarrollo gradual de la comprensión como método en el segundo sentido. Para ellos el diseño del pensamiento, el cálculo o el plan económico de un individuo, siempre se basa en primer lugar en un interés teórico.

Antes de fundamentar mi tesis comparando las características esenciales del pensamiento austriaco con las de la escuela clásica y la de Lausana, debo tomar en cuenta dos objeciones obvias. Podría parecer que mi interpretación del pensamiento de la escuela austriaca no puede conciliarse con los puntos de vista metodológicos de dos pensadores de la envergadura de Menger y Mises.

Una de las objeciones podría ser que en la obra *Untersuchungen*, de Menger, que durante décadas ha sido considerada como el catecismo metodológico de la escuela, nunca se menciona la comprensión como método de las ciencias sociales teóricas, y en especial de la economía.⁵ Por el contrario, Menger declara una y otra vez que la tarea de las ciencias sociales, como la de las ciencias naturales, es encontrar “leyes exactas”. Considerando esto, parecería que Sombart está en lo cierto cuando afirma que *Untersuchungen* es “la obra metodológica más importante que trata la economía a la manera de las ciencias naturales”.⁶

Sin embargo, es preciso tener en cuenta el clima intelectual imperante en los años en que apareció la obra de Menger. En primer lugar, en 1883, año en que fueron publicadas la obra de Dilthey, *Einleitung in die Geisteswissenschaften (Introduction to the Social Sciences)*, y la de Menger, *Untersuchungen*, apenas se conocía la comprensión como método del estudio teórico de la cultura. Segundo, con la publicación de la obra de Menger dio comienzo el *Methodenstreit*. Menger, en particular, se opuso a los intentos de Schmoller y sus amigos de imponer la *comprensión histórica* como único método legítimo en el ámbito de las ciencias sociales, por ejemplo, la economía. Por lo tanto, no se podía esperar que tuviese gran interés por las variantes de la misma metodología que aún no habían sido elucidadas, incluso aunque las hubiese conocido. Pero el hecho es que no las conoció.

Tercero, y quizá lo más importante, en 1883 el verdadero trabajo teórico de la escuela austriaca apenas estaba en sus comienzos. Aún no habían aparecido en escena ni Wieser ni Böhm-Bawerk. Aunque pueda parecer paradójico, el método que defendía Menger en su *Untersuchungen* no era el suyo, ni tampoco el de sus discípulos sino, en realidad, el de la escuela clásica. La observación de Mises es correcta: “La transición del sistema clásico al moderno no se completó en forma súbita, sino gradualmente: pasó bastante tiempo

⁴ J. G. Droysen, “Historik”. En: *Vorlesungen über Enzyklopädie und Methodologie der Geschichte*, Hrsg. von Rudolf Hübner, Munich, 1937.

⁵ Carl Menger, *Untersuchungen über die Methode der Sozialwissenschaften und der politischen Ökonomie insbesondere [Inquiries into the Method of social Science and Particularly Political Economy]* (Leipzig, 1883); traducido como *Problems of Economics and Sociology*, Urbana, Ill., 1963.

⁶ W. Sombart, op. cit., p. 159.

hasta que llegó a ser efectivo en todas las áreas del pensamiento económico, y debió transcurrir aún mucho más para que fuese posible advertir toda la importancia del cambio que se había realizado”.⁷ Por lo tanto, podríamos decir que lo que más tarde se transformó en el método característico de la escuela apenas había ejercido algún impacto en 1883.

En cuarto lugar, llegó un momento en el cual el propio Menger se vio obligado a oponerse a la aplicación de los métodos de las ciencias naturales en economía. En dos cartas dirigidas a Walras, en junio de 1883 y en febrero de 1894, insistía en que no sólo estábamos tratando con relaciones cuantitativas sino con la “esencia” de los fenómenos económicos. También se preguntaba cómo se podía averiguar, con la ayuda de las matemáticas, la esencia del valor, la renta o la ganancia del empresario.⁸ Sin embargo, como las matemáticas son esenciales para las modernas ciencias naturales, la crítica de Menger estaba dirigida tanto a las últimas como a las primeras. Y si no podemos equiparar la “comprensión de la esencia” con la “interpretación del significado”, podemos concluir que la intención de Menger en ambas cartas era defender la posibilidad de una teoría económica concebida para interpretar el significado. Es particularmente interesante el hecho de que las dos cartas fueron escritas casi inmediatamente después de concluir *Untersuchungen*.

Otra objeción podría ser que Mises consideraba la comprensión como un método particular de las ciencias históricas, y que nuestra formulación es incompatible con su distinción entre *Begreifen* y *Verstehen*. Sin embargo, esta aparente contradicción es sólo verbal. Mises admite en forma explícita: “Cualquier procedimiento cuyo objetivo sea comprender el significado de las cosas podría definirse, en sí mismo, como comprensión”, y éste es precisamente nuestro punto de vista. Y continúa: “En el actual estado de cosas, debemos resignarnos a aceptar el uso actual del lenguaje. Por lo tanto, dentro del procedimiento cuyo fin es la comprensión del significado de las cosas, deseamos un procedimiento que las ciencias de la conducta humana puedan utilizar para separar ‘Begreifen’ de ‘Verstehen’.

‘Begreifen’ trata de aprehender el significado de las cosas mediante el pensamiento discursivo; ‘Verstehen’ busca ese significado a través de una absoluta empatía con la situación total que se considera”.⁹

No me parece que el uso actual requiera esa distinción. Sin embargo, espero que resulte claro que el método que aquí atribuimos a la escuela austriaca es el mismo que Mises denominó “*Begreifen*”. Este método, que apunta a descubrir el *significado* de las cosas, aparentemente está en pugna con la mayoría de los métodos empleados en las ciencias naturales y adecuados a ellas.

⁷ Ludwig von Mises, *Grundprobleme der Nationalökonomie* (Jena, 1933), p. 67 n; traducido como *Epistemological Problems of Economics*, Princeton, 1960.

⁸ W. Jaffe, “Unpublished Papers and Letters of Léon Walras”, *Journal of Political Economy*, 1935, p. 200.

⁹ L. von Mises, op. cit., p. 125.

III

A continuación investigaremos de manera detallada las peculiaridades del pensamiento austríaco, y en primer lugar lo compararemos con el de la escuela clásica. Sin embargo, no nos ocuparemos de Adam Smith, que está demasiado arraigado en el siglo XVIII como para que nuestros problemas hayan podido interesarle. Para la mentalidad imperante en su tiempo, tanto la ley natural como “el orden económico natural” eran “una parte de la naturaleza”, y las distinciones conceptuales que haremos aquí carecían de sentido para ella.

El caso de Ricardo y sus discípulos era diferente, dado que emulaban conscientemente las ciencias naturales. Su meta cognitiva consistía en ordenar los procesos económicos en términos de cantidades. Una teoría semejante podría haber sido considerada exitosa en la medida en que hubiera podido determinar relaciones cuantitativas. El estilo intelectual de los clásicos tiene tres características distintivas.

En primer lugar, el problema central: la distribución del ingreso entre los tres factores de la producción: el trabajo, la tierra y el capital. Esta distribución está determinada por dos “leyes” a las que se considera como leyes empíricas de la naturaleza (y que lo serían, si se aplicaran a todos los casos sin excepción): la ley malthusiana de la población y la ley de los rendimientos decrecientes de la tierra.

En segundo término, el concepto esencial: el valor. Este concepto denota “sustancia” y conlleva los rasgos típicos de una ciencia natural más antigua. Es la medida de todos los bienes económicos, a la vez que la norma fundamental de todos los procesos de intercambio. Pero lo que nunca se discute es por qué se realiza el intercambio. En los negocios, la medida de todas las cosas es la unidad monetaria. El economista, que sabe que el valor de la moneda fluctúa, no contra en este patrón. Ricardo creía que había descubierto una medida libre de este defecto, a saber, la cantidad de trabajo necesaria para producir cada bien. Poco a poco, y casi sin que se diera cuenta, esta medida se transformó para él en la sustancia de todos los procesos económicos, si no en su causa. Para nosotros esto significa que la teoría del valor “objetiva” clásica está basada en un concepto que denota “sustancia”. Tercero, en la teoría clásica el hombre económico sólo aparece en función de su capacidad como factor productivo, lo cual no sólo significa que el consumidor no es un sujeto económico, sino que ese *homo oeconomicus* es siempre un productor. Y además, que las únicas transacciones que interesan desde el punto de vista económico son las que el hombre lleva a cabo en su capacidad de factor de producción: como obrero, como propietario de la tierra o como capitalista. Dentro de estas tres clases, a todos los miembros se los considera en un plano de igualdad. Este concepto de la homogeneidad de los factores de la producción tiene extrañas consecuencias en lo que respecta al realismo de la teoría clásica.¹⁰ Todos los capitalistas, tanto si invierten con

¹⁰ Esto sólo carece de validez para la tierra. La teoría de la renta de Ricardo se apoya sobre la heterogeneidad de la

criterio como si no, reciben la tasa de ganancia promedio del capital que han invertido. No existen las malas inversiones, las pérdidas de capital ni las quiebras. La supuesta homogeneidad de los factores productivos hace que sea imposible evaluar el éxito de cualquier actividad económica. Fundamentalmente, en este marco no se puede hablar realmente de actividad económica. Tal como ocurre en la naturaleza, el hombre *reacciona* ante las condiciones externas corrientes de su existencia económica: *no actúa*.

El logro específico de la escuela austriaca sólo adquiere transparencia con este trasfondo del pensamiento clásico. Tal vez se lo podría caracterizar así: también aquí nos esforzamos por describir leyes. Pero, sea lo que fuere que Menger haya creído, las leyes de la cataláctica son leyes lógicas, *vérités de raison*. A partir de la ley de utilidad marginal, se desarrolla gradualmente un cálculo económico, o sea, una “lógica de la elección”. Una cuestión muy importante, que analizaremos más adelante, es de qué manera se relaciona esta lógica con la realidad, de tal modo que nos ayude a interpretar los procesos reales.

Tal vez la expresión más significativa de la importancia de la escuela austriaca en la historia de las ideas sea el enunciado según el cual el hombre se encuentra en el centro de los sucesos económicos *como actor*. Claro que también para los austriacos las múltiples relaciones económicas cuantitativas ocupan el primer lugar como objeto de conocimiento para la investigación económica, pero su determinación no constituye el objetivo último. El investigador no se detiene aquí, porque esas determinaciones provienen de actos de la mente que deben ser “comprendidos”: es decir, su origen, su significado y sus efectos tienen que ser explicados dentro del marco de nuestra “experiencia común” de la acción humana. Hay aun otra cosa importante para comprender a la escuela austriaca y es que en ella, a diferencia de la escuela clásica, se considera a los hombres como *muy distintos*. Cada uno tiene necesidades y capacidades diferentes, de las cuales dependen las cantidades y los precios de los bienes vendidos en el mercado. Este hecho es precisamente el que destaca la teoría subjetiva del valor. Cada agente económico imprime su individualidad sobre los sucesos económicos a través de su acción. El hombre como consumidor no puede ser incluido forzosamente dentro de ninguna clase homogénea, y lo mismo puede decirse de su función como productor. El concepto de costos de oportunidad quiebra la homogeneidad de los factores de costos y amplía el área de la subjetividad, que ahora abarca también la teoría de la producción.

Por último, el concepto clásico del valor experimenta un cambio fundamental en las obras de los autores vieneses. Ya no se lo considera como una “sustancia” inherente a los bienes. El concepto central de la escuela austriaca es la *evaluación*, que es un acto de la mente. Para estos pensadores el valor de un bien consiste en una relación que realiza una mente que evalúa. Puesto que las necesidades son heterogéneas, es muy improbable que diversos agentes económicos evalúen de manera semejante un mismo bien.¹¹ Del

tierra.

¹¹ H. Mayer, “Zur Frage der Rechenbarkeit des subjektiven Wertes”. En: *Festschrift für Alfred Amonn*, Bema, 1953, p. 76, n. 6. “La concepción exacta del proceso en sí mismo y la percepción del lenguaje deberían dejar en claro que

concepto ricardiano de cuasi-sustancia ha emergido un concepto de relaciones mentales.

IV

Ahora me ocuparé de diferenciar las características específicas de la escuela de Viena de aquellas que distinguen a la escuela de Lausana. Se ha afirmado que entre ambas no hay diferencias esenciales, sino sólo variaciones sobre el mismo tema, a saber, la moderna teoría subjetiva del valor. En mi opinión este punto de vista es erróneo y trataré de mostrar cuáles son las diferencias fundamentales que en realidad existen. Por sobre todo, ignora el hecho de que los pensadores austriacos no se detienen en un mero ordenamiento de las relaciones cuantitativas, actividad que cultivan en gran medida la escuela de Lausana y otras, sino que van mucho más allá.

En los últimos ochenta años, los pensadores austriacos más destacados de cada generación han considerado importante trazar una línea divisoria entre su modalidad analítica y la de la escuela de Lausana. Ya he mencionado las dos cartas de Menger a Walras. Casi treinta años después el propio Wieser se sintió obligado a defender el método “psicológico” adoptado por él y sus colegas frente al método “mecanicista” que Schumpeter había copiado de los teóricos de Lausana y de su maestro Mach.¹² Veinte años después, H. Mayer cuestionó el “valor cognitivo de las teorías funcionales del precio”, sometiéndolo a una crítica aguda y exhaustiva.¹³ Y ya en 1948 Leo Illy, en un capítulo de *Der Gesetz des Grenznutzens* [*The Law of Marginal Utility*],¹⁴ criticó correctamente los defectos de ciertas teorías del precio que se limitan a ordenar los fenómenos relacionados con los precios, sin explicarlos. De modo que las diferencias existían, y aún existen. A nosotros nos corresponde determinar aquellas características del estilo de pensamiento austriaco a las cuales el análisis formalista no puede hacer justicia.

No se puede negar que los teóricos austriacos no siempre supieron defender hábilmente su posición. A menudo la eficacia de sus argumentos se resintió por “los ocasionales desaciertos y formulaciones desafortunadas en la aplicación de su método de investigación”, que merecieron la crítica justificada de Hans Mayer.¹⁵ por ejemplo, Wieser siempre hablaba de la escuela austriaca como de la escuela “psicológica”, aunque admitía que “tal vez nuestro método habría estado expuesto a menos malentendidos si lo hubiéramos llamado psíquico en lugar de psicológico, aunque también esa denominación

hablar de valores subjetivos como si fueran una propiedad de los bienes es una forma de expresión elíptica y, en el fondo, engañosa: lo que estamos tratando es el proceso de evaluación, y éste se lleva a cabo no de acuerdo con lo que es ‘mayor’ o ‘menor’, sino con una posición superior o inferior dentro de una jerarquía.”

¹² F. von Wieser, “Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie”, Tübingen, 1929, pp. 10-34.

¹³ H. Mayer, “Der Erkenntniswert der Funktionellen Preistheorien”. En: *Die Wirtschaftstheorie der Gegenwart*, 2 vol., Viena, 1932, 2, pp. 147-239.

¹⁴ L. Illy, *Das Gesetz des Grenznutzens*, Viena, 1948.

¹⁵ H. Mayer, loc. cit., p. 150.

habría estado sujeta a malas interpretaciones. Nuestro objeto es, simplemente, la conciencia del hombre económico, con su riqueza de experiencia general, es decir, esa experiencia que cada hombre práctico posee y que, en consecuencia, todo teórico en tanto hombre práctico descubre en sí mismo, sin verse precisado en primer lugar a adquirirla mediante métodos científicos especiales”.¹⁶ Pero ya tres años antes que Wieser, Max Weber había puesto en evidencia que el supuesto fundamento “psicológico” de la teoría vienesa estaba basado en un concepto erróneo: “La teoría racional de la formación de precios no solamente no tiene nada que ver con los conceptos de la psicología experimental, sino con ningún tipo de psicología que aspire a ser una ciencia que trascienda la experiencia cotidiana. [...] La teoría de la utilidad marginal y cualquier otra teoría subjetiva del valor no tienen una base psicológica sino -en el caso de que necesitemos un término metodológico- ‘pragmática’, o sea que implican el uso de las categorías ‘fines’ y ‘medios’ ”.¹⁷

La defensa metodológica de la escuela austríaca tampoco fue siempre satisfactoria en otros aspectos. Por supuesto, hablar de “la causa del valor” es cuestionable. Se puede enfrentar la objeción de que el sistema económico constituye un nexo general de relaciones dentro de las cuales las “causas” sólo pueden ser ordenadas como una clase y, como tales, deben ser tratadas como “datos”. La misma objeción enfrenta la distinción entre las teorías de precios “genética-causal” y “funcional” que, como veremos, apunta directamente al fondo de la cuestión.¹⁸ Los que se oponen a ella sostienen que, si hay una interdependencia general de todas las cantidades y de todos los precios, cada cantidad y cada precio individual es, al mismo tiempo, el efecto y la causa de otros. En contra de la distinción entre la “teoría de la formación de precios” y la “teoría del cambio de precios”, esta última sólo válida dentro del marco de una estática comparativa, se esgrimió el argumento de que en desequilibrio las mismas fuerzas deben influir en el precio, sea que el equilibrio haya existido antes o no. Por cierto, este argumento es válido en la estática intemporal de la teoría de Lausana, pero de otro modo no lo es.

Los supuestos en los cuales se basan las escuelas de Viena y de Lausana reflejan ya la diferencia entre ambas. Entre ellos, tiene especial importancia el papel que desempeña el tiempo. Por cierto, no es exagerado decir que el verdadero desacuerdo tiene que ver, en primer lugar, con el significado que se atribuye al elemento temporal. La teoría de Lausana requiere el marco de una estática intemporal; el mundo del cual nos hablan los austriacos, en cambio, sólo adquiere su pleno significado en el tiempo. Y no se trata sólo del nivel de abstracción, sino que es mucho más que eso.

La teoría austriaca necesita la dimensión temporal porque la acción humana, sea cual fuere, sólo es posible en el tiempo. La teoría del equilibrio enunciada por los pensadores de Lausana no sólo no requiere el tiempo, sino que lo excluye. Edgeworth y Walras

¹⁶ F. von Wieser, loc. cit., p. 16.

¹⁷ M. Weber, “Die Grenznutzlehre und das psychophysische Grundgesetz”. En: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, 2ª ed., 1951, p. 396.

¹⁸ H. Mayer, loc. cit., p. 148.

vieron clara ente desde el principio que el paso del tiempo antes de que se llegue al estado de equilibrio hace que ese estado en sí mismo sea indeterminado, puesto que todos los eventos que ocasionan un cambio en los datos y que se producen en el pasaje a un estado de equilibrio ayudan a determinar ese estado. Por lo tanto, la teoría de Lausana requiere que todas las transacciones realizadas durante el pasaje al equilibrio puedan ser anuladas, mediante un “nuevo contrato” o por otros medios. Esta es la esencia de la estática intemporal. En cambio, para los austriacos son precisamente estas transacciones, emprendidas en el curso del tiempo, las que realmente interesan, puesto que la acción humana consciente está ligada a planes, y todo plan necesita una dimensión temporal.

He descrito cómo, en el curso del desarrollo de la teoría austriaca, fue evolucionando gradualmente una teoría del cálculo económico como corolario de la ley de utilidad marginal. Los planes económicos dependen de los cálculos económicos de cada agente. Los fenómenos de mercado se producen por el interjuego de los planes económicos. Ahora bien, todos los fenómenos del mercado tienen, por cierto, un nexo general, hecho que los austriacos no niegan en modo alguno. No obstante, su interés en las fuerzas que operan a este respecto ha sido relativamente escaso, dado que sólo pueden operar en un mundo intemporal, es decir, en un mundo sin cambios. Para ellos es mucho más urgente tomar en consideración la continua necesidad, en un mundo permanentemente cambiante, de adaptar los planes económicos a esos cambios, porque en un mundo así es imposible alcanzar una situación general de equilibrio. He aquí por qué en la teoría austriaca los planes económicos ocupan un lugar central, y casi no se da importancia al nexo general entre los fenómenos de mercado. Aquí, uno se orienta a partir de la realidad.

Sin embargo, es preciso comprender que la teoría de Lausana también toma en cuenta los planes económicos de los individuos, puesto que éstos entran en su sistema como “datos”. Pero las funciones de utilidad -y de oferta- en el mundo de Walras, y las curvas de indiferencia en el de Pareto no reflejan los verdaderos planes económicos tal como los conocemos a partir de nuestra propia experiencia. Para que el estado de equilibrio pueda ser determinado, deben sostener cualquier situación posible. En realidad se trata de listas extensas de planes alternativos, lo bastante extensas como para que su aplicación sea ilimitada. Como es obvio, este requerimiento excede totalmente la capacidad de la mente humana. “Nadie puede indicar, verazmente y con precisión matemática, un número infinito de combinaciones de bienes que tengan idéntica importancia para él. La expresión ‘experimento’, que Pareto utiliza aquí, es completamente inadecuada: lo que tenemos es simplemente la ficción de un experimento.”¹⁹

Para la teoría general del equilibrio esas funciones son, por cierto, una base lógica esencial. Aquí se hace evidente la diferencia entre una economía taxonómica (*ordnende*) y una economía *verstehende*. Lo que para la primera constituye una necesidad lógica puede considerarse como un absurdo para la segunda. Aquí, las dos teorías se separan de una vez por todas.²⁰

¹⁹ A. Mahr, “Indifferenzkurven und Grenznutzenniveau”, *Zeitschrift für Nationalökonomie* 14 (1954): 325 ss.

²⁰ Pareto sabía muy bien hasta qué punto era absurdo preguntarle a una pobre campesina cuántos diamantes podría

La metodología tomada de las ciencias naturales puede evitar interesarse por el tema ajeno -y peligroso- de la elaboración de planes económicos. Sin embargo, sólo puede hacerlo partiendo del supuesto de que todos los planes económicos concebibles ya están “dados” desde el comienzo.

Pareto comprendió mucho más claramente que su predecesor, Walras, que los auténticos planes económicos no se adecuan realmente al modelo de la escuela de Lausanne, y que si se quiere utilizar el término “datos”, primero es necesario despojar a éstos de su carácter de actos mentales. Éste es el verdadero sentido de la famosa sentencia: “*L’individu peut disparaître, pourvu qu’il nos laisse cette photographie de ses goûts*”.²¹ Aquí el hombre, considerado lisa y llanamente como agente económico, no está situado en el centro de la vida económica. Claro que esta afirmación sólo tiene sentido en un mundo estático e intemporal en el cual esas fotografías mantengan permanentemente su validez. Los actos cotidianos de los hombres conforman el mundo real de manera diferente. En consecuencia, todos los intentos de atribuir una dimensión temporal a la teoría intemporal del equilibrio para hacer la “dinámica” están destinados al fracaso.

Probablemente sea innecesario analizar en detalle la crítica formulada en cierta oportunidad contra la escuela austriaca con respecto al denominado “círculo de determinación económica”. Se acusó a los economistas vieneses de haber quedado atrapados en un razonamiento circular puesto que, por un lado, los precios de mercado derivaban de las valuaciones de los agentes económicos y, por otro, la determinación de estas mismas valuaciones requería precios que ya estuviesen dados. Illy demostró que en realidad no había tal razonamiento circular y que en esa crítica se coincidían los precios esperados con los realmente pagados.²² Sin lugar a dudas, los agentes económicos deben orientarse hacia los precios que esperan, pero éstos en modo alguno deben ser los que en ese momento se han formado en el mercado. Naturalmente, el sistema de ecuaciones de la escuela de Lausana hace imposible distinguir entre los precios esperados y los pagados. He aquí otra consecuencia necesaria de la estática intemporal.

V

Hemos visto ya que la metodología de la escuela austriaca experimentó una evolución gradual, cosa que sus integrantes no advirtieron durante mucho tiempo. Algunas veces los pronunciamientos metodológicos de algunos de sus miembros más notables carecían de validez programática, a menudo en el mismo momento en que se los expresaba. Por ejemplo, el *Untersuchungen* de Menger, quien además, preocupado por establecer “leyes exactas”, nunca pudo distinguir claramente entre leyes lógicas y leyes empíricas, entre

comprar a un precio dado si fuera millonaria, pero la lógica de su sistema lo obligaba a hacer esos supuestos. Cf. V. Pareto, *Manuel d’Économie Politique*, 2ª ed., París, 1927, p. 260.

²¹ V. Pareto, *ibíd.*, p. 170.

²² Leo Illy, *Das Gesetz des Grenznutzens*, Viena, 1948, cap. 6, pp. 183-238.

vérités de raison y vérités de fait.

Como hemos dicho ya, la ley de utilidad marginal devino durante su desarrollo una teoría del cálculo económico y de los planes económicos, y debido a eso, una genuina “lógica de la elección”. Pero en 1911, Wieser hablaba de la “experiencia común” como de la base última del conocimiento económico. Mises fue quien formuló claramente la lógica de la elección. Sin embargo, en lo que respecta a la real pertinencia de esta lógica para la acción humana, se verá que la experiencia común todavía nos resulta indispensable.

La obra de Hayek contiene agudos análisis sobre el estilo de pensamiento “científico” y su inadecuación a los problemas de las ciencias sociales,²³ pero también se señalan en ella por primera vez los problemas de teoría económica que trascienden la pura lógica de la elección.²⁴ Aquí nos interesa, sobre todo, el estado de conocimiento como fuente de la acción humana y el proceso de sus cambios en el tiempo.

Veamos el principal interrogante de esta sección: ¿cómo puede un sistema de lógica pura, como el de la lógica de la elección, proporcionar un conocimiento fáctico? La respuesta se desprende del fundamento de mi tesis: la distinción entre conocimiento lógico y conocimiento fáctico se justifica en el reino de la naturaleza, donde no podemos acceder directamente a ningún significado y en el cual, por lo tanto, debemos cuidar permanentemente de distinguir entre nuestros conceptos y la realidad. El ámbito de la acción humana es diferente, ya que en él tal distinción no se justifica. Por un lado, no somos capaces de verificar o falsar nuestros esquemas de pensamiento como hipótesis para la predicción de acontecimientos concretos. No disponemos para ello de pruebas científicas, ya que éstas requieren una descripción completa de la “posición inicial” en la que va a tener lugar la prueba. No obstante, toda acción humana depende del estado de conocimiento de los actores y, por ende, requiere una descripción exhaustiva del estado de conocimiento de todos los actores, también conforme al modo de distribución, lo cual es obviamente imposible. Pero como de otra manera la posición inicial no queda definida en forma exacta, no es posible realizar una prueba auténtica.

En economía esto significa que toda transacción concreta depende, entre otras cosas, de las expectativas de los participantes. En consecuencia, para testear *in concreto* una teoría económica debemos ser capaces de predecir, en el momento en que se enuncia la teoría, las expectativas de los agentes económicos en el momento (futuro) de la prueba de verificación. Es fácil comprender por qué los representantes de una teoría taxonómica están ansiosos de mantener el problema de las expectativas a la mayor distancia posible.

Por otra parte, para lograr el “conocimiento” en economía disponemos de algunos métodos que, aunque propios de las ciencias naturales, se prestan para interpretar las acciones humanas. El historiador investiga el significado y la importancia de las acciones concretas de los individuos y de los grupos. Este método en su totalidad es inaplicable en

²³ F. A. Hayek, “Scientism and the Study of Society”, *Economica* 9 (1942): 267; 10 (1943): 34 ss.; 11 (1944): 27 ss.

²⁴ F. A. Hayek, “Economics and Knowledge”. En: *Individualism and Economic Order*, Londres, 1949, pp. 33-56.

el estudio de las ciencias naturales. La historia de las ciencias nos muestra que la investigación está circunscripta al ordenamiento de relaciones cuantitativas. En cambio, en las ciencias culturales teóricas, la importancia de los cursos de acción típicos se interpreta con la ayuda de esquemas de pensamiento, tales como la lógica de la elección. Este enfoque se justifica por el hecho de que toda acción humana, por lo menos en la medida en que tiene interés científico, está orientada hacia un plan. Los planes son construcciones lógicas inmanentes al curso de acción. Para el agente económico, el plan es una guía que le permite orientarse. Por ende, las ciencias sociales pueden usar los planes como medios de interpretación. Indudablemente, las acciones son acontecimientos que ocurren en el tiempo y en el espacio, y como tales son observables, pero la observación por sí sola no puede revelar el significado; en consecuencia, se necesitan métodos de interpretación.

¿Cuál es exactamente la razón por la que la lógica de la elección es el esquema que se necesita para interpretar las acciones económicas? Se trata de una “lógica del éxito”; sus categorías son los medios y los fines. ¿Por qué deberíamos optar precisamente por este método en la interpretación de las transacciones económicas? La respuesta surge de la experiencia corriente: en la vida económica, la mayoría de las personas buscan el éxito. El esfuerzo por alcanzar el éxito como significado de la acción económica avala la validez de la lógica de la elección.

Por lo tanto, Mises está en lo cierto cuando afirma que lo único que puede garantizar la validez de las teorías económicas es la lógica, no la experiencia; en esto se opone a Wieser, quien, en su crítica de Schumpeter, apela a la experiencia común.²⁵ Y si bien, por cierto, la lógica es inmanente a toda acción humana, esto por sí solo no significa que la lógica del éxito, que depende de los medios y de los fines, sea también la lógica que rige todas las acciones. Es plausible pensar que aquí podría aplicarse otro tipo de lógica, una que emplee categorías diferentes. Si queremos sostener que en la vida económica tiene validez precisamente esta lógica del éxito, debemos apelar a la experiencia común.

Por último, debemos recordar que en un mundo dinámico existen problemas que la lógica de la elección, por sí misma, no puede dominar. Si bien ésta explica la elaboración de planes económicos en condiciones dadas, la revisión de los planes económicos a lo largo del tiempo, así como toda la gama de problemas relacionados con las expectativas, no están incluidas en el ámbito de la lógica. A lo sumo podríamos decir que en un mundo estático los planes económicos se adaptarán cada vez más a las condiciones reales. Precisamente, la teoría del equilibrio general de la escuela de Lausana se fundamenta sobre este hecho.

VI

Antes de dar por concluidas estas observaciones, querría examinar brevemente las tareas

²⁵ L. von Mises, loc. cit., pp. 21-22.

futuras de la economía “*verstehende*” o “interpretativa”.

Naturalmente, nuestro objetivo principal debe ser preservar y defender, en todos los aspectos, la independencia metodológica de las ciencias sociales teóricas en general y de la economía en particular, lo que por cierto no significa que jamás se puedan utilizar métodos propios de otras disciplinas. Sin embargo, la cuestión más importante es, en todos los casos, si esos métodos, por exitosos que resulten tijera del campo de la economía, pueden servir a nuestros propósitos, a saber, la interpretación de la acción humana.

Si tenemos esto siempre presente, continuaremos la obra de Menger en las circunstancias de nuestra propia época, que por cierto no son las mismas, sino otras bien diferentes. Para hacerlo únicamente tenemos que seguir los precedentes dados en las obras de la escuela austriaca. Uno de sus pensadores más sagaces, E. Schams, dice que siempre debemos distinguir, al aceptar los métodos matemáticos, entre “la forma matemática del enunciado” (*ansetzendes Denken*) y las “constantes materiales” a que se refiere; lo único inadmisibles en la ciencia económica es la aceptación incondicional de estas últimas.²⁶

No hay duda alguna de que no se trata de una tarea sencilla, sobre todo en nuestra época. En las últimas décadas hemos asistido a una limitación y a un empobrecimiento increíbles de las perspectivas filosóficas, sobre todo en los países anglosajones. Hoy en día innumerables economistas en todas partes del mundo, algunos de los cuales ocupan cargos de gran responsabilidad, y que nunca han conocido la existencia de nuestros problemas, creen ingenuamente que el único método legítimo en todos los campos del conocimiento es el científico.

¿Cómo debemos emprender nuestra tarea? En primer lugar, haciendo hincapié constantemente en la insuficiencia de todo producto de investigación intelectual que desconozca el significado de las acciones. Siempre tenemos que estar preparados para hacer estas preguntas a nuestros oponentes: ¿De dónde? ¿Por qué medios? ¿Con qué fin? Por ejemplo, cuando los que proyectan modelos macroeconómicos nos presentan sus creaciones, sin duda podemos admirar su elegancia: lo que no podemos hacer, sin embargo, es dejar de preguntar cuáles son las acciones de los agentes económicos que han dado origen a esos modelos. Otra pregunta ineludible es qué expectativas guían esas acciones y qué pasaría si esas expectativas fuesen alteradas. Cuando, además, los constructores de esos modelos tratan de incluir en ellos progresos técnicos, por ejemplo, en la forma de una “función de progreso técnico”, es necesario demostrarles que están intentando comprender una acción significativa mediante un método intelectual que no toma en cuenta el significado, con lo cual se hace imposible cualquier discusión de estos interesantes problemas que tenga alguna importancia. Sin embargo, no debemos limitarnos a criticar un método de investigación que desafía al significado, sino demostrar cuán provechoso es el método *verstehende* en sus diversas aplicaciones. Podemos mostrar

²⁶ Cf. E. Schams, “Die zweite Nationalökonomie”, *Archiv für Sozialwissenschaft* 64 (1930): 453 ss.; y “Wirtschaftslogik”, *Schmollers Jahrbuch* 58 (1934): 513 ss.

que existen alternativas al análisis del equilibrio. Es obvio que, al hacer el análisis de un estado de desequilibrio, no podemos dejar de considerar la existencia de fuerzas equilibradoras, pero esto no quiere decir que tengamos que describir íntegramente un estado de equilibrio, adornado con fórmulas y ecuaciones, que nunca se alcanza en la realidad. Ese esfuerzo es innecesario. Lo único que interesa es que cada estado de desequilibrio ofrece posibilidades para una actividad provechosa, sea un ingreso, un aumento de capital o siquiera la evitación de una pérdida. Cada desequilibrio estimula las mentes de aquellos que están alerta, pero no todas las mentes, para que emprendan una acción lucrativa, y esta acción reducirá las oportunidades de obtener una ganancia ulterior. Esto es todo cuanto podemos decir. Lejos de ayudar a la comprensión, la farragosa pedantería de los modelos de mercado habituales, con su supuesta “precisión”, la obstaculiza. Debería bastar como advertencia lo ocurrido con la “competencia perfecta”.

La necesidad de defender los métodos de investigación específicos de las disciplinas culturales no se limita al ámbito de la teoría económica; también en otros campos requiere la realización de una labor urgente y difícil. Aquí es de la mayor importancia asentar sobre una firme base epistemológica la independencia metodológica de las ciencias sociales.

Desde el Renacimiento, la teoría del conocimiento ha utilizado casi exclusivamente los métodos de las ciencias naturales. Estas ciencias, cuyo objeto de estudio son fenómenos aparentemente “carentes de sentido”, tienen como única opción, a falta de otros criterios de comparación, tratar de formular sus teorías, y los fenómenos observados deben adecuarse a éstas de tal manera que sea posible hacer predicciones con respecto a ellos; en consecuencia, las teorías son “verificadas”. Esto es imposible en lo que concierne a la actividad humana, porque cada acción depende del estado de conocimiento del agente *en el momento de la acción*, que no puede predecirse *en el momento de la formulación de la teoría*. Entonces, ¿qué deben hacer los científicos sociales para diferenciar las teorías útiles de aquellas que no lo son? ¿De qué criterios disponen para determinar la validez del conocimiento?

Puesto que no contamos con la predicción exitosa como medio de evidencia, debemos dedicar especial cuidado a la validez de nuestros supuestos teóricos. La escuela austriaca siempre lo ha hecho, como vimos con respecto a la crítica de la teoría de Lausana. En las ciencias teóricas, además, una brecha entre un esquema de pensamiento y la realidad puede tener un significado diferente que en las ciencias naturales, ya que su tarea consiste esencialmente en el estudio comparativo de los esquemas de los agentes, por un lado, y los cursos de acción típicos, por el otro. Aquí, el carácter importante y significativo de ambos puede servir como *tertium comparationis*. En tales estudios comparativos, las desviaciones del plan establecido suelen ser más interesantes que un curso de acción uniforme que se ajuste a lo planificado. Cuando un plan económico fracasa, no pierde su importancia para nosotros como hecho observado. Por el contrario, a él le debemos nuestro criterio de éxito, que por sí solo nos hace posible hablar de fracaso. Un plan de

acción coherente que nadie aplica a menudo nos permite extraer interesantes conclusiones relativas al carácter de la situación, incluyendo las expectativas que alientan los agentes.

En estas reflexiones he considerado el plan económico de un individuo como prototipo del esquema de pensamiento que sirve de fundamento a la acción, sobre todo a causa de su importancia central para la teoría económica austriaca. Los agentes económicos actúan orientados por planes, lo cual no tiene paralelo en el estudio del mundo físico. Pero, ¿qué hechos orientan a los planificadores al trazar sus planes? En parte, los datos naturales, y en parte, las acciones reales o esperadas de otras personas. No obstante, hay también ciertos esquemas de pensamiento superindividuales, a saber, las *instituciones*, hacia las cuales deben orientarse los esquemas de pensamiento de primer orden, o sea los planes, y que en consecuencia sirven, hasta cierto punto, para coordinar los planes individuales. Podríamos decir que constituyen “diagramas de orientación interpersonales”, esquemas de pensamiento de segundo orden. La praxeología, que hasta ahora se ha ocupado esencialmente del plan y de su estructura (lo cual es comprensible), debe dedicarles en el futuro un interés cada vez mayor.